

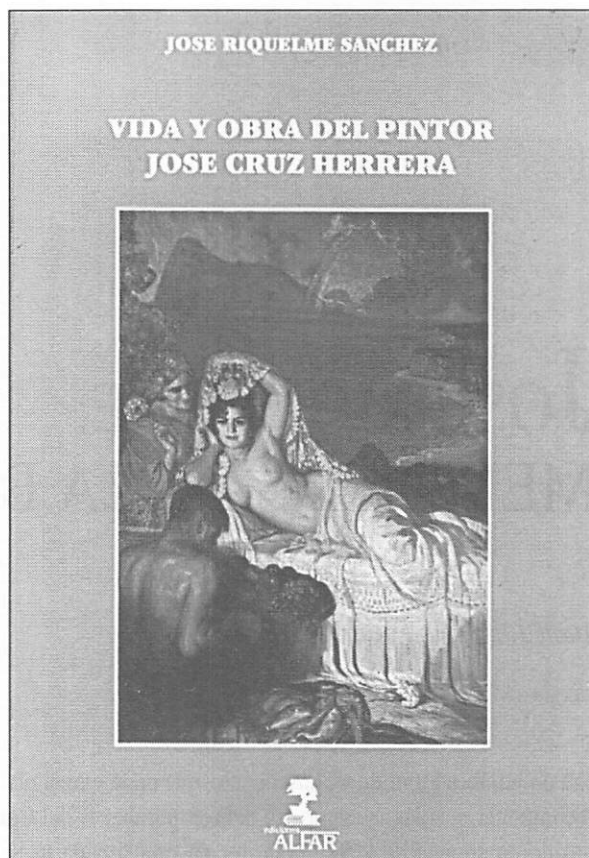
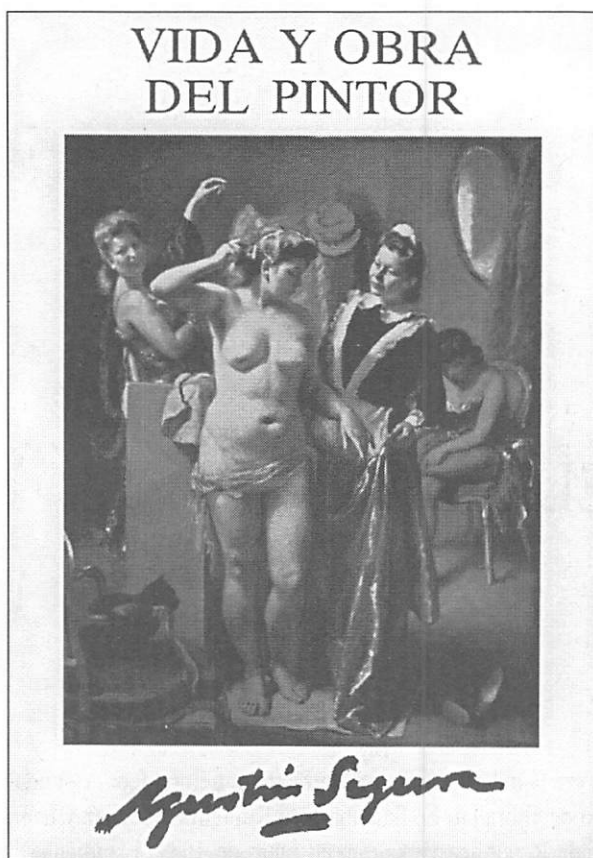
JOSÉ RIQUELME: MEMORIAS DE LA BELLEZA

Juan José Téllez Rubio

Era un hombre humilde y consecuente, que creía que el olvido era la muerte. Amó la belleza en un tiempo feo. Y supone recomponer, a solas, buena parte del rompecabezas del Campo de Gibraltar. Se llamaba José Riquelme Sánchez y había nacido en Jimena de la Frontera, recién proclamada la Segunda República Española, en junio de 1931. Estudiante de Humanidades en el Seminario de Cádiz, posteriormente cursó estudios de Magisterio en Madrid y, tras diversos destinos docentes, impartió clases de Lengua Española en el Instituto de Formación Profesional "Virgen de la Esperanza", en La Línea de la Concepción, donde contrajo domicilio.

Activo colaborador de la revista *Carteya* y de los periódicos *Area*, *Diario de Cádiz* o *Europa Sur*, desde joven se interesó por un cierto periodismo entre literario y divulgativo que pronto se decantó por la búsqueda de las raíces intelectuales y de las señas de identidad artísticas del Campo de Gibraltar: la poesía y la pintura figuraron entre sus aficiones preferentes y, amén de sus minuciosos estudios y recopilaciones, sería interesante para la historia de la comarca, explorar el epistolario de Riquelme, pues en su correspondencia con José Cruz Herrera o José Luis Cano, pongamos por caso, pueden existir claves para completar de modo certero el estudio de la cultura campogibraltareña de la segunda mitad del siglo XX.

"Me unía a José Luis Cano una cordial y vieja amistad que ha durado más de cuarenta años. Conservo, bien guardadas más de setenta cartas, donde me hablaba, entre otras cosas, de la edición de sus nuevas obras, de sus viajes al Sur para dar alguna conferencia (oportunidad que siempre aprovechábamos para vernos), de su deuda que visitáramos en San Roque al cronista José Domingo de Mena, a quien una mañana le presenté en Madrid. También la ilusión de descansar, cada verano, en su casita de Fuengirola, frente al mar. Un día, inesperadamente, me notificaba la venta de gran parte de sus libros a la Biblioteca de Andalucía en Granada. Los relativos a la Generación del 27 irían para Málaga. En la última época se quejaba, sobre todo, de sus dolencias en el corazón y su artrosis cervical que le producían mareos, "por lo que no asisto nunca a actos públicos", rememoraba Riquelme.



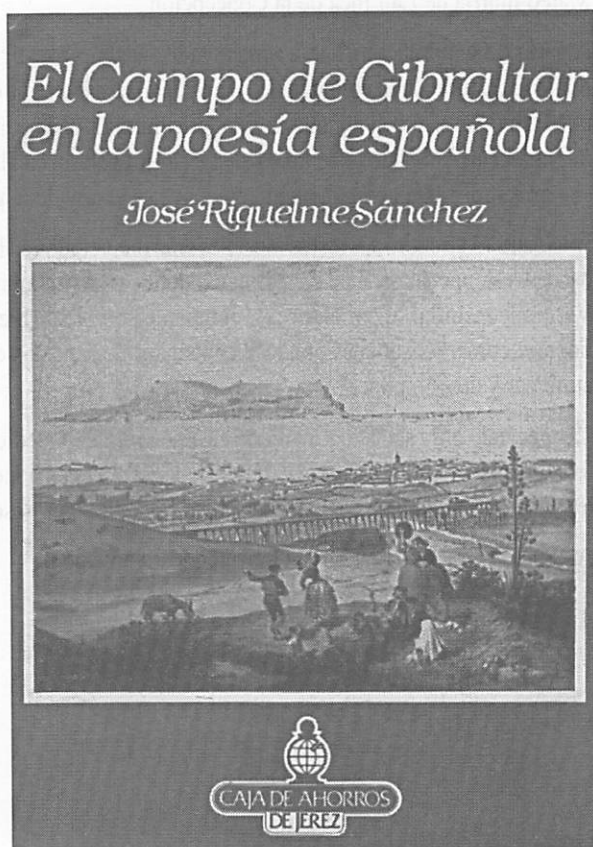
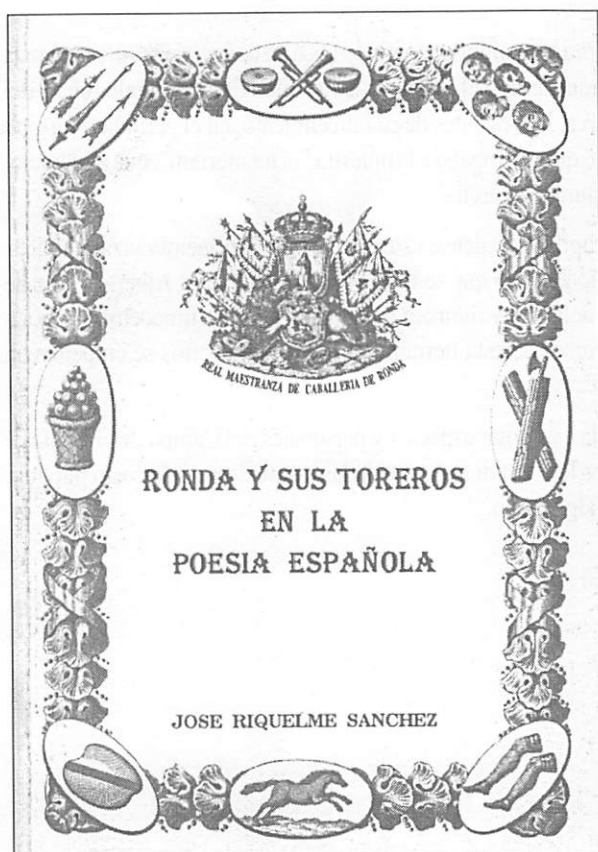
Aunque no gustaba de buena parte de las tendencias del arte contemporáneo, acuñó la expresión "Siglo de Oro de la Pintura Campogibaltareña", para agrupar las cumbres plásticas de la pasada centuria, sobre todo cuando recreaba la *Vida y obra del pintor Agustín Segura* (1988) y se aproximaba exhaustivamente a las de Ramón Puyol o Gustavo Bacarisas, o dedicaba más de diez años de su vida al perfil biográfico del linense José Cruz Herrera. Tras una primera aproximación que data de 1973, en 1987 aparece su *Vida y obra del pintor José Cruz Herrera*, un ensayo que demuestra sobradamente su solvencia en la pesquisa investigadora. Riquelme conoció a Cruz Herrera con motivo de una exposición en la Sala Eureka de Madrid: "A partir de esa fecha, además de vernos en distintas ocasiones en su estudio de la capital de España, o en sus casas de La Línea de la Concepción y de San Roque, mantuvimos una larga correspondencia, sobre todo a partir del primer instante que le demostramos —con la publicación de algunos trabajos en la prensa— nuestro interés y preocupación por hilar y esclarecer datos en torno a su vida artística. Tanto por parte del maestro, como de su hermano Alfonso —antes de morir ambos—, recibimos gran cantidad de fotografías, catálogos de exposiciones, recortes de prensa, etc.; sin embargo estos documentos valiosos, la inmensa mayoría sin orden ni fechas, dejaban demasiados cabos sueltos, importantes lagunas que había que cubrir a la hora de estructurar y poner en pie esta biografía que, por otra parte, ha sido completada, en estos últimos años con paciente tarea investigadora en bibliotecas y hemerotecas".

La inclinación humanista de Riquelme le llevará a participar en la elaboración de la *Gran Enciclopedia de Andalucía*, cuyas entradas campogibaltareñas le conciernen, o en el *Diccionario Enciclopédico Ilustrado de la provincia de Cádiz*, al tiempo

que obtiene diversos galardones periodísticos, como el de la Casa del Campo de Gibraltar en Madrid o un accésit del "Coronel Cadalso" del Ayuntamiento de San Roque.

En 1981 aparece su prontuario *El Campo de Gibraltar: Historia y Turismo*, que supera el aparente oportunismo del título para brindar un itinerario sentimental y ameno por la comarca. Tardíamente, en 1985, ve impreso *El Campo de Gibraltar en la poesía española*, una antología que recopila 173 poemas de 115 autores, desde Rufo Festo Avieno –siglo IV después de Cristo— a un veinteañero de la Algeciras de esa época. En su introducción, Riquelme muestra un agradecimiento especial a Leopoldo de Luis –autor del prólogo en el que reconoce que "sólo un poeta acomete una obra así"—, al padre Martín Bueno Lozano, a José Luis Cano y a José María Arévalo, recién fallecido por entonces. Riquelme concibe esta obra –y así lo afirma— no sólo como una "antología de poetas" sino una antología poética que se refiere a una materia concreta: "Las tierras del Campo de Gibraltar y los hombres que en ellas viven o murieron".

En la revista *Bahía* Riquelme irá descubriendo su propia obra poética, como prueba el poema "Río Hozgarganta", aparecido en dicha publicación en 1975: "Entre sierras y lentiscos/ hacia la llanura baja./ Lejano río de mi ayer,/ soñado río de mi infancia./ Altos riscos empinados/ se reflejan en tus aguas./ Seguro va tu destino,/ cantando va tu esperanza./ Adelfares en tu orilla./ Alamos con hojas blancas/ te escoltan mientras navegas./ mientras al mar te desaguas./ Ciñes la altiva cintura/ del pueblo que se levanta./ Arriba: el castillo moro./ Más abajo: la vega ancha./ Río sin versos ni leyendas,/ sonoro río Hozgarganta./ Contigo va mi niñez./ contigo van mis nostalgias".



En 1994, repite el esfuerzo de relacionar poesía y territorio, con una nueva antología titulada *Ronda y sus toreros en la poesía española*, edición patrocinada por la Real Maestranza de Caballería de la ciudad del Tajo. Esta vez, consigue reunir 128 poemas de 75 autores, en un intervalo que lleva desde el romancero a los escritores contemporáneos: "Ronda es, por motivaciones múltiples y distintas, la ciudad prodigiosa y anhelada. De ahí que los pintores la hayan inmortalizado con sus pinceles: grabados de Gustavo Doré, Pérez Villamil, J. Frederick Lewis, óleos de Federico Ferrándiz, Manuel Barrón, Téllez Loringuillo, López Canales, acuarelas de José Barroso, etc. Poetas y escritores, nativos y foráneos, no dudaron en ofrecerle sus mejores alabanzas, sus piropos más encendidos". Riquelme los pondrá en relación, en el convencimiento de que sigue hablando de su propio entorno pues —cita a Ledesma Miranda—, "el mar de Ronda es el Estrecho de Gibraltar".

Su pertinaz empeño en recomponer el rostro de la cultura de la comarca no concluirá ahí. Que se sepa, guarda un libro inédito sobre José Luis Cano y sus peripecias de ratón de biblioteca le llevarían a descubrir a escritores decimonónicos como la poetisa gibraltareña Emilia Danero o a indagar sobre otros muchos asuntos y propósitos de esta comarca, que dejaría frecuentemente impresos en *Almoraima*, o en otras publicaciones como la revista granadina *Extramuros*, de Literatura y Arte, donde apareció una cumplida reseña sobre otro de sus descubrimientos, el de la pintora Margarita Penzato Plusquí, nacida en Algeciras, el 3 de septiembre de 1902 pero vecindada en la ciudad del Darro.

El viernes 12 de enero de 2001 falleció José Riquelme en el Hospital Virgen del Rocío de Sevilla, la ciudad en cuya universidad prosigue su apellido impartiendo clases. La prensa le hacía "víctima de una cruel enfermedad que le mantenía postrado desde diciembre". Casado con Carmen Santos, el matrimonio tuvo dos hijos y mantuvo su domicilio en la calle Mateo Inurria de La Línea de la Concepción.

A partir de su jubilación, había acrecentado su labor investigadora y en ningún momento apeó su conciencia crítica sobre la realidad cultural de la comarca, lo que le llevó a mantener diferencias con el Instituto de Estudios Campogibraltareños, del que formó parte, o con algunas entidades culturales de la comarca. Meses antes de su fallecimiento, en el periódico *Europa Sur* aparecía publicado un texto en el que cuestionaba el catálogo que acompañó a la muestra "in memoriam", que a su juicio, sin embargo, "unía acertadamente en el ayer y el hoy de la pintura algecireña".

El sábado 13 de enero sus restos mortales eran incinerados en la capital hispalense y su nombre recibía remembranzas públicas desde Castellar a Los Barrios y Jimena, donde el Ayuntamiento dispuso que se incorporase al callejero. Alberto Pérez de Vargas le recordaría, por entonces, como un "hombre de bien, delicado y riguroso humanista, un poco jimenense, un poco linense, comarcalista apasionado y conocedor de aspectos diversos de esta tierra nuestra que tantos otros se empeñan en atomizar y descomponer".

"Su paciente obra se ha desarrollado casi por completo dedicada a estudiar aspectos y personajes del Campo de Gibraltar y todo él, cada rincón de su geografía, le debe algo. Pocos honores le concedieron en vida las instituciones y le costó publicar trabajos que, sin embargo, son esenciales", añadió el profesor algecireño.

Alguno de esos trabajos siguen durmiendo en un cajón.